

PAUL CLAUDEL

**PRESENCIA  
Y PROFECÍA**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2015

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Traducción de M. M. Leonetti  
sobre el original francés *Présence et prophétie*

© Éditions Gallimard 1958, segunda edición revisada y aumentada

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2015

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1888-5

Depósito legal: S. 19-2015

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

<i>Carta a modo de prólogo</i> .....	9
SOBRE LA PRESENCIA DE DIOS .....	15
LA SENSACIÓN DE LO DIVINO .....	41
«ECCE VIRGO CONCIPIET» .....	93
MOAB O EL ALEJAMIENTO DE ISRAEL .....	113
NOTAS SOBRE LOS ÁNGELES	
Primera nota sobre los ángeles .....	161
Segunda nota sobre los ángeles .....	165
<i>Índice de citas bíblicas</i> .....	211
<i>Índice de nombres</i> .....	219

## CARTA A MODO DE PRÓLOGO

*Presencia y profecía* vio la luz el año 1942, en la ciudad de Friburgo. Más de tres lustros después, en 1958, la editorial parisina Gallimard publicó una segunda edición, a la que Paul Claudel decidió incorporar como prólogo la carta que había escrito el 10 de diciembre de 1941 a Louis Gillet<sup>1</sup>.

Querido amigo:

Hoy voy a hacer algo que, en mi larga vida de escritor –¡pronto cumpliré setenta y cuatro años!–, nunca he hecho: pedirle un artículo para la *Revue des deux mondes* sobre mi último libro, *Presencia y profecía*. Es una obra muy importante que me ha costado no poco trabajo y reflexión. Al mismo tiempo, se trata, sin embargo, de una obra difícil, en la que el público necesita, como suele decirse, ser introducido. No sabría a quién recurrir para esto sino a usted. Quizás los lectores de la *Revue* encuentren interesante dejarse conducir por un guía competente hacia el interior del pensamiento de una persona de la que apenas han oído pronunciar el nombre. Pero estamos en guerra, y la vieja *Revue* es la única que ondea su bandera, entre tantas otras capturadas o minadas.

Dado que se trata de una obra muy especial, que planea sobre un terreno donde incluso los eruditos de una cultura tan extensa como la suya pueden encontrarse a disgusto, no me parece inútil ofrecer algunas aclaraciones.

Cuando el 25 de diciembre de 1886 salí embargado por una gran turbación y desasosiego de la catedral de Notre-Dame, donde se me acababa de revelar una serie de cosas tan absurdas y escandalosas

1. En *Oeuvres complètes de Paul Claudel XX. Commentaires et exégèses*, Gallimard, Paris 1963, 427-431. Gillet accedió a escribir la nota solicitada, que tituló «M. Paul Claudel et la Bible». Fue publicada el 1 de junio de 1942 [N. del T.].

como, desde ese momento, indubitables —no podía negarlo—, se me planteó este problema: ¿cómo podría conciliar esos dos órdenes de verdades superpuestas y, al menos en apariencia, tan extrañas la una para la otra, si no contradictorias? De un lado, el mundo de la realidad sensible, que era, para mi joven vocación poética, el mundo de la belleza y la alegría, también de los deseos y las pasiones; de otro, ese mundo fuera de aquel, tan potente, tan desgarrador, pero al mismo tiempo tan temible, que se acababa de mostrar a mi alma con una autoridad invencible.

Este problema, que me ha acarreado tantas luchas interiores y tantos sufrimientos, no es nuevo...

Hay que señalar que en la Biblia no se encuentra ni el mínimo rastro de desprecio del Creador hacia su obra. Al contrario, para dirigirse al ser humano, Él se sirve casi exclusivamente del lenguaje de las cosas que ha creado, saca de ellas su vocabulario —«Per visibilia ad invisibilia», nos dice el apóstol— y por último las eleva con solemnidad a la dignidad de sacramentos.

Con todo, en un cristiano convencido se constata siempre —como una angustia y como un remordimiento— la preferencia latente por la vía directa y la envidia por esos corazones simples que han elegido lo único necesario. Tal es el elemento trágico de la vida de un poeta o artista cristiano, el cual subyace en toda mi obra, especialmente en la dramática<sup>2</sup>.

¿Qué hacer entonces? Admitir que todo acuerdo es el efecto no solo de una geometría, sino de una lucha, y que la verdad está hecha de tendencias que van en direcciones opuestas, o más bien de coordenadas no opuestas, sino perpendiculares<sup>3</sup>... como la cruz.

Esta imagen de verdades que se unen, no solamente en un equilibrio estático, sino en un tenso esfuerzo alrededor de un punto común y sobre puntos divergentes, es la que ha servido de centro a todo mi trabajo intelectual.

Partiendo de la idea de que, de arriba abajo, de un extremo a otro de la creación, existe un propósito y un plan homogéneos, intento

2. Esta idea la he desarrollado especialmente en mi *Ode jubilaire pour le six centième anniversaire de la mort de Dante*.

3. «Perpendicularum extendent super Jerusalem» (Zac 1, 16).

mostrar que ningún conocimiento, ni siquiera el relativo a las verdades sobrenaturales, puede prescindir del empleo de las capacidades de la sensibilidad, cuyos órganos físicos sintonizan a través de su actividad con nuestro ámbito cotidiano. Así, en el recogimiento de la meditación la presencia de Dios no se hace sentir *solamente* a nuestra inteligencia, sino a todo nuestro ser, cuyas diversas facultades forman en realidad un todo inseparable, orientado, según las circunstancias, en todas direcciones, sin que esto signifique que el uso de una de estas facultades implique que las otras, en planos diferentes, dejen de estar activas, siquiera de una forma velada.

Esta idea de la homogeneidad de la creación, confirmada por todas las observaciones, es enormemente importante. Permite responder a la vieja y machacona objeción del *antropomorfismo*. Pues si los sabios –en caso de que no se equivoquen– se creen autorizados a inferir de lo animal a lo humano y de la física a la moral, ¿por qué no estaría igualmente justificado lo contrario? ¡Con más razón!, pues un documento detallado y bien elaborado nos ofrece más luz sobre su versión primera que a la inversa; por otra parte, disponemos aquí, además de los medios de un estudio objetivo, de un instrumento precioso: la conciencia íntima, eso que Bergson llama intuición o simpatía. Tenemos la posibilidad no solo de conocer todo lo que existe a nuestro alrededor, sino también de «co-nacer»<sup>4</sup>, de representar, como un actor, en nosotros mismos el género particular de actividad. Como el salvaje que se convierte en lobo o búfalo.

Inspirado por ese profundo respeto a la obra de Dios en nosotros y a ese ser físico que se halla tan estrechamente asociado a nuestro ser moral e intelectual, me he esforzado en el segundo ensayo en mostrar cómo Dios, que gusta de hacernos sentir su presencia, se confía –por así decir– a la investigación de los cinco órdenes de aprehendimiento de los que nuestros sentidos físicos son la traducción instrumental: olfato, oído, vista, tacto y gusto. Desde esta perspectiva, las Sagradas Escrituras nos ofrecen un repertorio inagotable de metáforas que nada tienen que ver con esas vanas figuras retóricas, sino que responden a las leyes infinitamente sutiles de la analogía más exquisita.

4. Aquí y en otros lugares del libro, Claudel juega con dos palabras francesas homófonas: *connaître* (conocer) y *co-naître* (co-nacer) [N. del T.].

Armado con esta idea de la homogeneidad, no he temido aproximarme —siguiendo las huellas de san Dionisio y de santo Tomás—, más allá de la realidad sensible, a esa creación invisible más allá de nosotros que es el mundo de los ángeles. Quizá haya leído usted el asombroso tratado de santo Tomás sobre los ángeles, ese que dejó perplejo al incrédulo Michelet y que él comparaba a la adivinación lógica de un Cuvier, quien infería del esqueleto de un animal ya desaparecido toda una anatomía reconstruida. Por desgracia, yo carezco de las dotes de esos increíbles iluminadores que acabo de citar y, después de un esfuerzo varias veces retomado, al que he vuelto en mis últimos trabajos, lo he tenido que dejar inconcluso.

Hasta aquí sobre la primera parte de mi libro.

La segunda parte, exegética, no está desconectada de la primera. Así como la Creación no es un bazar de seres y objetos heteróclitos amontonados al azar, sino la exposición constante, en una permanente renovación de los días y las estaciones, de un orden razonable y bello donde todo contribuye a un conjunto irrompible, de igual modo la historia no es algo clausurado en sí mismo, una mezcolanza de sucesos, siguiendo la impresión que dejan los anales de la China, la India o incluso el Imperio romano. En el hervidero entrecruzado de las grandes civilizaciones antiguas, desde el Nilo hasta las cuencas del Tigris y el Éufrates, vemos iniciarse un movimiento que poco a poco va tomando una dirección, una continuidad, un *sentido*. Un grupo de hombres toma conciencia de una vocación propia, de una llamada, de una promesa que le ha sido hecha, y en la esperanza de que las generaciones vayan transmitiendo una consigna. ¿Por qué nos obligas a salir de Egipto, donde gozamos de una esclavitud muy preferible a ese desierto pedregoso?, le recriminan los israelitas a Moisés, descendiente él mismo de Abrahán el expatriado. Y más adelante: ¿Por qué no nos permites establecer alianzas con esos cananeos tan amables?, ¿por qué no tener a mano ídolos benévolos con quienes podamos arreglarnos cómodamente?<sup>5</sup> En una palabra, echar raíces, ser como todo el mundo. ¡No hay manera! La vocación de Israel es el porvenir. Su sacramento nacional es la Pascua, que significa «paso»; su acrópolis, la «montaña de la visión». De este

5. Más adelante los Macabeos, frente a una Grecia en su apogeo. ¡Qué espectáculo!

pueblo surgen continuamente gentes inspiradas que no le permiten complacerse con lo inmediato. Está atormentado por el deseo. Es como un poeta en quien gruñe sordamente el poema. Sus maestros son inspirados y su historia es una historia *aspirada*, como el mar aspira el río, que, a pesar de todos sus meandros y represas, quiera o no quiera, ha de llegar a su destino. Y, de repente, estalla la Revelación formidable, la primera Anunciación, esa conminación a un grupo humano lentamente trabajado para recibir esta semilla divina que la Humanidad llama desde el fondo de lo que ella tiene de más profundo y de más íntimo. «He aquí que una virgen parirá», como anuncia Isaías a un Ajaz petrificado e irónico. E Israel responde por boca de su soberano: «Quomodo fiet istud quoniam virum non cognosco?», «¿cómo será posible, si no conozco varón?». Tú no lo conoces, Israel, pero aprenderás a «co-nacerlo» [*co-naître*], a proporcionar a ese Verbo, que poco a poco se ha hecho palabra para tu oído, el terreno apropiado para que germine.

Desbrozar esta profecía de Isaías –como un poeta que se esfuerza por extraer, del murmullo y la contradicción de toda clase de ideas enmarañadas que hay en él, la llamarada única de una llama vivaz y sonora–, ha sido el objeto de mi primer ensayo. No podemos olvidar que la Biblia es un poema y que un poeta tiene más razones que un erudito para comprender «cómo se hace», y cómo el corazón y el espíritu humanos responden a esta inspiración que no ha soplado sólo sobre los *nabis* y que es una forma de la gracia.

El primer ensayo describe, de alguna manera, la marea descendente de Israel. El segundo retrata la marea descendente, cuando el Bien-amado ha dado su fruto y, negándose a renunciar a su derecho de primogenitura, se ha retirado a las tierras de Esaú, atrincherado tras ese mar Muerto donde duermen embalsamadas las promesas en las aguas espesas y sepulcrales de la Letra. Cuando, hace cuarenta años, visité Tierra Santa, lo que más me impresionó fue ese acantilado rojo y rectilíneo de Moab –al otro lado de ese fenómeno geológico único, esa depresión de asfalto a cuatrocientos metros bajo el nivel del mar–, situado frente a las montañas de Judea. Allí se alza el monte Nebo, desde donde Moisés contempló la Tierra prometida que se le había prohibido pisar y en el que recibió sepultura. Allí fue enviado Balaán cuatro veces a profetizar a Israel. Y cuando uno



lee a los profetas, no puede dejar de sorprenderse por el lugar que ocupa, tanto en sus maldiciones como en su piedad, esa tribu tan completamente insignificante que apenas se distingue de las tribus vecinas. Este gallinero alborotado, para usar la comparación de Jeremías, ¿valía tantas molestias por parte del Espíritu Santo? Por esta razón, yo he sospechado que tras el nombre de Moab –como también tras los nombres de Babilonia, Tiro o Egipto–, Dios, que ha dictado su Libro no solo para un breve tiempo, ni para entretener a los arqueólogos, sino para la instrucción y la edificación de todos los siglos, quiere hacernos entender algo por completo diferente. ¿Qué es, pues, esa «piedra del desierto» que envía a Jerusalén el «Cordero dominador de la Tierra»? ¿Y quién, al otro lado de la quebrada, no cesa de interpelar al centinela apostado sobre la Montaña de la visión para preguntarle: «Custos, quid de nocte»? ¿Quién sino Israel, excluido y rechazado a partir de ahora en ese desierto hacia el que la mujer de Lot vuelve su cara petrificada? Y separado de la «Mar suprema», *Mare novissimum*, tanto por este abismo en el que el Jordán bautismal trata en vano de eliminar la amargura de ese charco maldito, como por ese monte de los Olivos, por esa «barrera de aceite» que Ezequiel y Zacarías le han prometido que un día vería hendida por el medio. Moab, en definitiva, es la profecía al revés, la mirada retrospectiva.

Tal es, mi querido amigo, el resultado de esas cinco exploraciones no poco arriesgadas que he realizado sobre territorios hoy olvidados o abandonados a la curiosidad estéril de los eruditos, donde una gran cantidad de tesoros recompensarían, si no fueran desestimados por los prejuicios modernos, la buena voluntad de los exploradores.

Le pido perdón por abusar de su amistad y le estrecho afectuosamente la mano.

Paul Claudel